

EN TORNO A LA UNIDAD DE EUROPA

I

¿ESTA EUROPA EN UN PUNTO MUERTO?

Para todos los que creen en la imperiosa necesidad de la Federación Europea, la situación actual no aparece demasiado alentadora. Se puede ver en la casi coincidencia (sólo tres días de intervalo) de la decisión de los Sarreses de rechazar el Estatuto europeo y de la apertura de la Segunda Conferencia de Ginebra (23 de octubre-26 de octubre de 1955) un símbolo del doloroso estado de nuestro continente.

Se trata, por otra parte, de un proceso que data, por lo menos, de hace 18 meses, y en el que el acontecimiento más significativo, deplorable desde todos los puntos de vista, y que no ha terminado aún de producir todas sus envenenadas consecuencias, es el haber rechazado la Asamblea Nacional francesa el tratado que establecía la C. E. D., —*Comunidad europea de defensa* (30 de agosto de 1955) (1).

(1) Tratado firmado por los Seis (Francia, Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) y ratificado por todos, con la excepción de Francia.

Sabido es que para hacer frente a otras preocupaciones, Mendes France, Presidente entonces del Consejo de Ministros en Francia, y sobre el cual pesa una gran responsabilidad en el fracaso de la C. E. D. tomó la iniciativa con Sir Anthony Eden, de los Acuerdos de Londres y de París que condujeron, a principios de 1955, a la creación, en el plano militar, de un organismo denominado *Unión europea occidental* (U. E. O.), que agrupa a los Seis y a la Gran Bretaña. Esta institución es de simple coordinación inter-gubernamental, y no presenta ningún carácter supra-nacional; no podía ser de otra forma desde el momento en que los británicos, —que no quieren ligarse a Europa más que con lazos muy débiles y siempre revocables—, son parte integrante de aquélla. En resumen, el silencio total que rodea a la U. E. O. desde hace cerca de un año y el carácter actualmente desértico de la obra europea, prueban que los partidarios de la C. E. D. tenían razón al afirmar, en las horas dramáticas del verano último, que la U. E. O. no implicaba ninguna verdadera «solución de recambio», en contra de las afirmaciones de los adversarios no-comunistas.

Esto señala el terrible retroceso de la idea europea desde los momentos de exaltación del *Congreso de Europa*, en El Haya, (mayo de 1948), donde mil Europeos, entre los más representativos, afirmaban su voluntad de unión; la creación del *Consejo de Europa*, en 1949; la fundación, en 1951, de la *Comunidad Europea del Carbón y del Acero*, y las esperanzas puestas a partir de setiembre de 1952 en el Proyecto de *Comunidad política* que sellaba inquebrantablemente el destino de los Seis y, por tanto, de toda Europa, de la que eran y continúan siendo el núcleo.

Una situación tan deplorable ha sido debida a causas extra-europeas —la ofensiva de apaciguamiento— y a causas intra-europeas, las vacilaciones francesas.

II

HECHOS Y PERJUICIOS DE LA POLITICA DE
APACIGUAMIENTO («DETENTE»)

Nada queda por decir sobre las razones de la «ofensiva de paz» soviética. Nosotros nos limitaremos a enunciarlas brevemente:

1.—*La situación interior de la U. R. S. S.*

La muerte de Stalin ha sido el pretexto determinante. Desaparecido él, era posible un cambio espectacular en *la apariencia* soviética. Además, la sucesión del tirano georgiano no estaba prevista, como nos lo prueba inequívocamente el caso Beria, y posteriormente el caso Malenkov: los jerarcas tienen necesidad de calma en el exterior para entredevorarse. En fin, hay un pueblo hiperestesiado al que es preciso, —pese al partido único, policía política y campos de concentración—, calmar un poco los nervios. Tanto más cuanto que la túnica de Nessus de todo régimen colectivista, *la crisis agraria*, debida a la hostilidad permanente de los campesinos, y que ha llegado después de la última guerra a su paroxismo, suscita serias dificultades al Kremlin. (Ella explica en gran parte la caída de Malenkov, vencido por Khrouchtchev con motivo del reagrupamiento de los kolkoses).

2.—*La bomba H.*

Esta debe ser considerada, no bajo su aspecto moral, sino en función de la relación de fuerzas, único determinante para un marxista. La posesión por ambos campos del arma thermo-nuclear tiende a proscribir la guerra militar y hace pasar al primer plano la guerra política, psicológica, econó-

mica y social (2), que el bolcheviquismo dirige sin interrupción desde 1917 contra el mundo libre.

Esto no impide que Bulganin y Khrouchtchev hayan rectificado «la herejía», proferida por Malenkov antes de su destitución: para un marxista ortodoxo la bomba H no amenaza a «toda la civilización» con un aniquilamiento irremediable, sino solamente al «campo imperialista».

3.—*La desviación asiático-africana.*

«*Es a través de Asia como conquistaremos a Europa*». La profecía de Lenin no ha sido olvidada en Moscú, lo mismo que ninguna de las lecciones del más grande estratega político de todos los tiempos. De la guerra de Indochina a la Conferencia de Bandoeng, pasando por las intrigas del próximo Oriente, y finalmente (pues Africa se une a Asia) al Africa del Norte, el asalto periférico sustituye al asalto frontal. Mantener al mismo tiempo la tensión en Europa como en los tiempos del *putsch* de Praga o del bloqueo de Berlín, sería correr el riesgo, a un mismo tiempo, de hacer estallar un dispositivo soviético en el que los «satélites» constituirían otros tantos puntos débiles, y de despertar una vigilancia occidental que se trata, por el contrario, de adormecer (3).

4.—*La solidaridad occidental.*

Y ya nos encontramos en el corazón del problema. Lejos de aparecer para los soviéticos como otras tantas provocacio-

(2) Aunque los stocks H se neutralicen recíprocamente, ninguno de los dos eventuales adversarios se decidirá a desatar, por un ataque imprevisto, un terrible modo de represalias. Las armas y las divisiones «clásicas» vuelven a adquirir todo su valor en una perspectiva en la que las armas de destrucción masiva quedarían, en caso de conflicto, inutilizadas de común acuerdo, tal como ocurrió con los gases asfixiantes.

(3) Esto nos muestra la ceguera de los Anglo-sajones a propósito del Africa del Norte, y el carácter arcaico de las disputas franco-españolas sobre Marruecos: *quos vult perdere, Jupiter dementat*...

nés bélicas, como lo aseguraban los eternamente temerosos y los neutralistas, el Pacto Atlántico y la Reconstrucción europea les han obligado al diálogo. Es suficiente seguir los extraordinarios cambios de la diplomacia soviética a lo largo de estos últimos cinco o seis años para llegar al total convencimiento del absoluto realismo de esta afirmación. Es de este modo como se explica claramente:

a) La reciente actitud rusa frente a Austria, a la que centenares de reuniones cuatripartitas no habían logrado liberar de la ocupación, y a la que conceden, en algunas semanas, el Tratado de paz (pagado con su neutralidad), que ya venía esperando desde hacía nueve años.

b) Este año, el reconocimiento de la República Federal alemana por los soviéticos, concretado en la invitación a Moscú del Canciller Adenauer.

En esta perspectiva, el «apaciguamiento» aparece, a la vez, como *consecuencia* y como *efecto*. Constituye, en primer lugar, la consecuencia lógica de una política seguida desde 1949 a 1954 por los Occidentales, y singularmente en Europa: la violencia y la amenaza, utilizadas hasta aquel momento (la tercera parte de Europa, China, Corea y la Indonesia del Norte, *setecientos millones de hombres, basculaban al campo totalitario en menos de diez años*) se revelaban como más perjudiciales que útiles; las sonrisas iban a entrar en escena. Ahora bien, el resultado de esta *iniciativa* de las naciones no sometidas, iba a tener una consecuencia no prevista por ellas, pero sí prevista y calculada por los soviéticos: desde el momento en que no aparecen éstos como peligrosos imperialistas, la vigilancia del Oeste se atenúa. Y ésto es lo que nosotros podemos comprobar actualmente.

III

EL JUEGO SOVIETICO

Paradójicamente el Occidente, por sentirse amenazado, ha podido durante cinco años tomar y mantener la iniciativa. Hoy vemos a la U. R. S. S. manejar de nuevo al Occidente.

Stalin producía miedo. No era éste su menor mérito: ha sido el catalizador de la solidaridad occidental, el «federador» de Europa. Como se dió fácilmente cuenta de esto, él mismo preparó la fase dialéctica siguiente. En el testamento político que publicó en la revista *El Bolchevique* tres semanas antes del XIX Congreso del partido comunista soviético, que inaugura la efímera ascensión de Malenkov, trazó la línea de conducta de la que sus sucesores no se han separado lo más mínimo: apoyar sus cálculos en «las contradicciones del campo imperialista» y, como consecuencia, *relajar* los resortes de la voluntad occidental.

Los resultados negativos de la Segunda Conferencia de Ginebra anuncian posiblemente un nuevo cambio dialéctico destinado a desconcertar aún más al Occidente y a hacerle cometer algunos errores decisivos.

Los Soviets temen, especialmente, la creación de una Europa unida y la reunificación de Alemania en la libertad. Estos dos acontecimientos, inseparables el uno del otro, les impediría, en efecto, no solamente hacer caer a Alemania reunificada dentro de su órbita, sino también el bolcheviquizar a toda Europa, lo que constituye su esencial objetivo. Por el contrario, la formidable fuerza de atracción que representaría un conjunto estrechamente unido de 250 millones de hombres libres a lo largo del telón de acero, haría saltar a éste automáticamente, resultaría imposible, desde luego, mantener a los satélites sobre la vía del titismo, después de un 17 de

junio generalizado contra el que ni el Ejército Rojo, ni la M. V. D. podrían hacer nada (4).

Para impedir esta catastrófica eventualidad Moscú está dispuesta a todo. Se ha visto a Francia, de 1952 a 1954, convertida en el blanco de una política alternativa de amenazas y de seducciones como consecuencia de la C. E. D.; a esto siguió, como es sabido, la diplomacia de la sonrisa, siendo entonces Alemania el punto de aplicación. Hoy el fracaso total de la segunda reunión de Ginebra, convocada a instancias de Molotov, marca, sin duda, un nuevo giro en la política de apaciguamiento y produce el pretendido «liberalismo» de los post-stalinianos. En realidad esta postura va encaminada a una finalidad muy concreta: arruinando las esperanzas occidentales sobre una próxima reunificación alemana, va, piensan los soviéticos, a inclinar a los Tres a conceder algún interés al famoso Pacto de Seguridad europea, propuesto ya en Berlín por el mismo Molotov (y rechazado, entonces, sin embajes).

Si Occidente cayera en esta trampa cometería un error del que no podría levantarse jamás. Un Tratado general entre *todos* los países europeos, aún «garantizado» de lejos por los Estados Unidos, significaría en realidad:

- 1.º Un neutralismo de hecho por parte de toda Europa.
- 2.º La retirada de las fuerzas americanas a 5.000 kilómetros y la destrucción de las bases atlánticas.
- 3.º El fin del Pacto Atlántico.
- 4.º La perpetuación de la división de Alemania.
- 5.º La imposibilidad absoluta y definitiva de reempezar la reconstrucción europea.
- 6.º El reconocimiento por el Occidente de la legitimidad de los regímenes impuestos por los Soviets a los países «satélites» y a la Alemania oriental.

(4) Recordemos que, el 17 de junio de 1953, Berlín Oriental, y más tarde toda la zona soviética de Alemania, se sublevó contra el bolchevismo. Constituye una de las vergüenzas de nuestra época que el Occidente no haya acudido entonces en su ayuda...

7.º La negación por dicho Occidente de sus más sagrados principios, de su propia razón de ser, puesto que compraría su libertad (provisional) a cambio de la esclavitud (definitiva) del Este europeo.

8.º La decepción, el horror y el furor de los pueblos satelizados que, por despecho, se unirán entonces a la U. R. S. S.

9.º La soviétización de Europa occidental, ineludible después de semejante abandono.

10.º Finalmente, la bolchevización universal al no poder mantener «la isla» americana la libertad en un mundo asiático y europeo-africano sometido a la servidumbre.

Por nuestra propia seguridad, por nuestra libertad, así como para alimentar la esperanza de las naciones subyugadas tras el telón de acero, interesa proseguir la política atlántica y europea. Tanto si nos hallamos en período de tensión, como si nos encontramos en una fase de apaciguamiento, la solidaridad del mundo libre y la necesidad de la unión europea no depende de ningún modo de las alternativas de la guerra fría: reposan en una unidad fundamental de civilización y en una misma concepción de la dignidad de la persona.

IV

¿QUE QUIERE FRANCIA?

Es esta una pregunta que a menudo se formula en el mundo, tanto entre los amigos como entre los enemigos del país de San Luis y de Richelieu. Es una pregunta a la que incluso un francés sensato respondería difícilmente.

En efecto, hemos visto a Francia, el único país auténticamente europeo de los que componían la coalición victoriosa de 1945, mantenerse fiel a su genio universalista, asumiendo la dirección de Europa.

Después del Congreso de El Haya, es en Francia donde se constituye, en 1948, con carácter oficial, un «Comité de estudios para la unidad europea», presidido por M. Herriot. Este Comité propone, al fin del expresado año 1948, a los Cinco del Tratado de Bruselas (Francia, Inglaterra y los países de Benelux) lo que, en agosto de 1949, iba a convertirse en el Consejo de Europa, instalado en Estrasburgo, que agrupa hoy a 15 Estados. Es en París, el 9 de mayo de 1950, donde M. Robert Schuman lanza la idea del «pool» que lleva su nombre. Es en París, menos de un año más tarde, en abril de 1951, donde se firma el Tratado instituyendo entre los Seis la *Comunidad Europea del Carbón y del Acero*. Es en París donde nace la *Comunidad Europea de Defensa* (a finales de 1950), para llegar al Tratado de París de 1952. Es, en fin, en París, donde se ha elaborado por la Comisión constitucional europea el proyecto de *Comunidad Política*, remitido a los Ministros de los Seis en marzo de 1953.

Y sin embargo, es en París donde el 30 de agosto de 1954 han sido deshechas, para largo tiempo, la mayor parte de las esperanzas que tal desarrollo había producido entre los europeos. ¿Qué es, pues, lo que había pasado?

Es imposible, dado el carácter de este trabajo, explorar a fondo las razones de este asombroso cambio. No obstante, indicaremos sucintamente, algunas de ellas, sin desarrollarlas.

1.—*La ausencia de la Gran Bretaña.*

Con más de medio siglo de existencia, la *Entente Cordiale*, —con sus «ex-enemigos milenarios», constituye la directriz más clara de la política exterior de los franceses. Que su país participe en una empresa que no tiene ningún precedente (el establecimiento de un ejército supra-nacional en tiempo de paz) sin que los británicos formen parte de él, ha parecido progresivamente imposible a gran número de franceses, a pesar de los muchos recuerdos dolorosos de la última guerra. A este reflejo psicológico se unía una inquietud geo-política: ¿Qué iba a ser de Francia en un «tête-à-tête» con Alemania, sin el «contrapeso» británico?

2.—*El Estado jacobino.*

Es la razón esencial del primer (y decisivo) ataque serio lanzado en Francia contra la C. E. D.: el de M. Edouard Herriot, en el Congreso radical de Burdeos, en octubre de 1952.

Desde hace siglos, y desde el antiguo régimen, los franceses están habituados por su formación histórica, tanto como por su temperamento racionalista, a confundir prácticamente las nociones de *Nación* y de *Estado*. Un órgano de tipo estatal o para-estatal común a varias naciones, es algo que muy difícilmente pueden concebir los franceses. De aquí el diabólico juego de los adversarios de la C. E. D., llegando a persuadir a mucha gente de que las instituciones supranacionales significaban prácticamente la desaparición de la nación francesa en una masa europea unitaria.

3.—*Un terreno mal escogido.*

Aquí es la historia la que se ha equivocado... Porque la C. E. D. es hija de la agresión coreana de junio de 1950, que ha contribuido a acelerar la federación europea para, finalmente, llevarla al callejón sin salida en que actualmente se encuentra.

Estamos completamente de acuerdo —con Peguy— en que era el legionario romano el que daba la medida del orden antiguo, que más allá del *limes* se extendían las sombras de la barbarie. Es evidente que plantear a Europa en términos militares tenía la inmensa ventaja:

- de proponer una obra común concreta a los Europeos.
- de obligar a todos los Europeos, con un mismo movimiento, a comprender el problema político; imposibilidad de ejército sin «Estado».

Reflexionando sobre esto, y a la luz del fracaso de la C. E. D. se da uno cuenta de que los inconvenientes eran los que prevalecían:

- a) El terreno militar no es jamás popular. Evoca re-

cuerdos poco agradables de cuartel (5) y de impuestos suplementarios.

b) Europa, en su principio, aparecía a los pueblos bajo el aspecto del soldado alemán, este soldado que había sido condenado a la desaparición definitiva (¡oh ingenuidad!) en 1945.

c) Las justificaciones espirituales, políticas, económicas y sociales de la unión europea se difuminaban en provecho sólo de la defensa, y bajo la prisa americana, que la daban el aspecto de una simple punta de lanza de la coalición atlántica.

d) Puesto que Europa aparecía así como hija del miedo, ¿qué quedaría de ella en el caso de que la brutalidad staliniana se convirtiera en el «liberalismo» y en el «pacifismo» de los nuevos dueños del Kremlin? Los neutralistas iban a entusiasmarse.

Y si se evoca, en fin, el caso mal enfocado (y cuyo desenlace se produce bruscamente el 23 de octubre último), de lo que se ha denominado el «Preliminar Sarrés»; el alejamiento de M. Robert Schuman del Ministerio de Asuntos Exteriores; las dificultades interiores francesas que tienden a una inestabilidad ministerial; el drama de Indochina (cuya conclusión hizo estallar en el frente bolchevique internacional el drama norte-africano), y finalmente, la subida al poder en junio de 1954, de un hombre tan brillante como enredador, y cuyos sentimientos antieuropeos no constituyen un misterio para nadie, tendremos una idea del clima que condujo como resultado a la fatal decisión de la Asamblea nacional del verano de 1954.

De nada sirve lamentarse, tanto más cuanto que esta votación deplorable nos ha probado que Europa no puede organizarse contra la voluntad de Francia. Conviene obrar

(5) Se sabe que como consecuencia de esta observación, los Ministros de los Seis encargaron a la Asamblea del Carbón y del Acero, ampliada, el que se transformara en Asamblea constitucional para establecer, de septiembre de 1952 a marzo de 1953, un proyecto de Comunidad política.

en consecuencia, y sobre todo no venir a parar a un nuevo fracaso que tendría como efecto el matar definitivamente a la idea europea.

V

RAZONES PARA TENER UNA ESPERANZA

Interesa, pues, no caer en el descorazonamiento. A los pesimistas, a los que hoy pretenden que nada hay ya que hacer, les opondremos, en primer lugar, el testimonio de los hechos.

Desde hace diez años, contra viento y marea, la unión europea ha efectuado *progresos considerables*. No olvidemos que se trata de una empresa histórica sin precedentes; tengamos presente que reunir en una misma entidad política a naciones secularmente enemigas, (o al menos hostiles), que se han formado oponiéndose las unas a las otras, necesariamente ha de suscitar muchas aprehensiones psicológicas, trastorna modos habituales de pensar y de obrar, y exige, por consiguiente, un tacto y una paciencia exquisita. Pues bien, a pesar de todo, el balance es considerable. ¿Quién hubiera pensado en 1939, en el momento en que se desencadenaba el conflicto fratricida, que 16 naciones de Europa tratarían de articular sus economías y llegarían a liberar, por término medio, las tres cuartas partes de sus cambios (Organización europea de Cooperación económica), y que sus regulaciones financieras se efectuarían por un organismo común de clearing y de compensación multilateral (Unión Europea de Pagos)? ¿Quién hubiera imaginado que 15 naciones de Europa enviarían delegados a una Asamblea permanente común —ciertamente, sólo consultiva—, y que juntas constituirían un Comité de Ministros, —ciertamente, también sin poderes supra-nacio-

nales—, para elaborar poco a poco una política común (Consejo de Europa)? ¿Quién hubiera tenido la audacia de solamente sugerir que 6 naciones de Europa, entre ellas Francia y Alemania, podrían poner en común su producción y la distribución de su carbón y de su acero (Comunidad del Carbón y del Acero, de Luxemburgo)? Y no hablemos de los millares de vagones de ferrocarril con la inscripción «Europa», de la suspensión de los visados entre 15 Estados, de las facilidades —cada vez mayores— para los intercambios intelectuales y universitarios. Pero no se ven los acontecimientos cuando se les tiene delante de los ojos. Y sin embargo, esta difícil evolución hacia la unidad se ha efectuado, si reflexionamos bien, muy deprisa y, verosímelmente, de manera irreversible.

Por consiguiente, ahora es preciso continuar la tarea y no abandonarla. Felizmente, el horizonte es menos negro de lo que temen muchos.

Ante todo, en lo que concierne a la condición *sine qua non* de toda construcción europea, la reconciliación franco alemana, se deben subrayar la rapidez y la importancia de las reacciones de París y de Bonn inmediatamente después del desgraciado, pero quizás obligado, fracaso del referendun del Sarre. Los telegramas cambiados al día siguiente al 23 de octubre, entre Adenauer, Edgar Faure y Pinay, insistían sobre el hecho de que este fracaso no debía en ningún caso agravar las relaciones franco-alemanas, ni repercutir sobre la unión europea. Tales votos son la expresión de la voluntad de nuestros hombres de Estado. No se podría sospechar la fe europea de un canciller alemán, al que yo, federalista francés, me complazco en rendir aquí homenaje por su tenacidad y su entusiasmo. Pero se ignora demasiado frecuentemente en el extranjero que Francia posee hoy en M. Pinay un político que, para no haber «venido a Europa» sino hace sólo cuatro o cinco años, es actualmente un europeo convencido y tenaz, decidido, sin romanticismos fáciles ni ilusiones peligrosas, a actuar al máximo en lo concreto y posible. Ha logrado reunir, además, a toda la opinión francesa, excluidos, claro está, los comunistas. Las pasiones desencadenadas por la C. E. D. están hoy completamente olvidadas, aparte de que no han alcanzado nunca más que a

un pequeño número: parlamentarios, periodistas, estados mayores políticos; la gran masa ha permanecido casi extraña a esta frenética agitación y, en el fondo, veía con ojos más bien favorables una empresa que si llevaba a colocar las mochilas en las espaldas de los alemanes, apartaba definitivamente toda amenaza de guerra entre los dos pueblos. Un ejemplo entre otros: en el *Jumelage* (6) que se ha desarrollado en una de las barriadas obreras de París, en Boulogne-Billancourt, donde están instaladas las inmensas fábricas de automóviles Renault que emplean a 35.000 personas, al que han acudido cinco municipios europeos de gran arrabal. Más de 50.000 franceses aclamaron al burgomaestre de la gran ciudad de Berlín-Neukölln, no obstante haber pronunciado éste en alemán su discurso. Señalamos, finalmente, que en el período prelectoral actual, la mayor parte de los partidos y de los hombres políticos indican su propósito de promover de nuevo la idea de Europa, sin estar todos, sin embargo, de acuerdo sobre el «grado» de europeización deseado.

Y aún tenemos, especialmente, la resolución de los Seis, manifestada en junio último en Messina y reiterada en septiembre en Bruselas. Parece, en efecto, excluido el apelar a los Quince de Estrasburgo, o a los Siete de la Unión Europea Occidental para volver a lanzar la idea de Europa. Los primeros no tienen ningún poder real; en cuanto a los segundos, el solo hecho de que la Gran Bretaña forme parte de ellos (como, por lo demás, también de los Quince), impide, por su oposición, todo progreso hacia lo supra-nacional.

El sesgo militar ha fracasado. La construcción política directa, —que estaba, por lo demás, ligada a la C. E. D.—, no ha sido posible: pero nos resta el aspecto económico. Es pues a base de los Seis, que ya están ligados por el Tratado internacional de la C. E. C. A., como debe ser considerada

(6) Un *Jumelage* es un encuentro solemne entre dos ciudades extranjeras que deciden mantener lazos estrechos por encima de las fronteras. Desde 1951 han sido organizados numerosos *Jumelages* por el «Consejo de municipios de Europa».

Europa en sus futuros desarrollos (7). Ciertamente, el método se nos aparece como poco espectacular, como poco propicio a despertar entusiasmos; pero puede ser eficaz, sobre todo si se evitan los pasos en falso, lo mismo que los apresuramientos prematuros. Y esta vez es necesario no desperdiciar la ocasión. Añadamos que el callejón sin salida de la Segunda Conferencia de Ginebra va, sin duda, a inclinar a los Occidentales a volver a plantearse el problema de Europa. Esto será el lado positivo de una operación que se ha saldado negativamente: no hay mal que por bien no venga!

VI

UN PLAN DE ACCION

De la Conferencia de Messina nació un *Comité de Experts* de los Seis, colocado bajo la presidencia de M. Paul-Henri Spaak, y con sede en la capital belga. Este Comité de Bruselas ha sido encargado de presentar a los Seis ministros, antes del fin del año, sugerencias precisas relativas a:

- el establecimiento de un mercado económico común.
- la creación de una Autoridad especializada en el dominio atómico, que ha sido ya bautizada con el nombre de «Euratom»...
- la organización de un *pool* de los transportes (ferroviarios, aéreos, por carretera y fluviales).
- el estudio de otros *pools*, tales como el de la Sanidad, el de la Agricultura, etc.

Ciertamente que Europa no puede medirse ni pesarse: constituye, ante todo, una empresa espiritual y moral, un fruto escogido de la civilización, un esfuerzo en el avance

(7) Bien entendido que debe quedar siempre abierta la puerta a cualquier nación que deseara asociarse a los Seis, con igualdad de derechos y obligaciones.

histórico. No obstante, es partiendo de las humildes realidades económicas, de esta plataforma de la vida de los pueblos, como es preciso actuar ahora. Pero es evidente que el día en que Europa tenga sólidas instituciones comunes en el dominio económico, no estará lejos de llegar a una unidad política, sin la cual no es posible la orientación ni el control.

Por esto, en el «Encuentro» internacional que por iniciativa de los federalistas franceses y alemanes, han celebrado los militantes europeos que se reunieron hace dos meses en la pequeña ciudad renana de Bad-Niederbreisig, se ha lanzado una idea sumamente interesante. Como ha sido recogida en la resolución final, pensamos que lo mejor es reproducir ésta íntegramente.

«La Conferencia de los Federalistas europeos
«en Niederbreisig

«AFIRMA:

«—que la unión federal europea, lejos de ser
«una utopía, constituye la condición necesaria para
«el logro de una solidaridad occidental eficaz, de
«un florecimiento duradero de nuestras naciones, de
«un progreso social real y de la renovación de
«nuestra civilización;

«—que esta unión, para ser sólida y permanente, reclama instituciones políticas supra-nacionales capaces de superar las resistencias de un
«nacionalismo sentimental caduco y de intereses
«particulares que privados de una protección artificial, se estimarían amenazados;

«—que en el período actual de incertidumbre,
«el esfuerzo de integración debe ser continuado
«con más obstinación que nunca.

«En estas condiciones, la Conferencia de los
«Federalistas europeos

«PROPONE:

«—que el Comité de Expertos creado en la
«Conferencia de Messina sea transformado en or-

«ganismo gubernamental permanente, trabajando
«bajo la dirección de los seis gobiernos interesados
«y de la Alta Autoridad de la Comunidad Carbón-
«Acero, con la participación de las asociaciones
«profesionales y sindicales competentes:

«—que este organismo reciba como misión pre-
«cisa la rápida realización del mercado común de
«Europa, sin trabas nacionales de ninguna clase,
«y que las cargas que resulten de las medidas tran-
«sitorias sean asumidas por un fondo europeo de
«reconversión y de ayuda mutua.

«—que el organismo así constituido dirija sus
«recomendaciones al Comité de Ministros y a la
«Asamblea común de la Comunidad Carbón-Acero
«que, de esta forma, tendrían que promover y con-
«trolar el conjunto de la integración económica y
«social europea;

«—que la Asamblea común, cuyas atribuciones
«cubrirían entonces un dominio considerablemente
«ampliado, sea transformada en Parlamento euro-
«peo con competencias determinadas y cuyos miem-
«bros, elegidos por sufragio universal, puedan con-
«sagrarse plenamente a su tarea.

«La Conferencia de los Federalistas europeos
«subraya en fin, que la unión federal de los Seis
«debe ser considerada como la primera etapa de
«una Federación de los pueblos de toda Europa.

(2 de octubre de 1955)

Personalmente, estamos completamente de acuerdo con lo esencial de esta declaración, con la doble condición siguiente:

1.º Que la Asamblea común se convierta verdaderamente en una Asamblea económica europea de vocación general, cubriendo a la vez, lo mismo que el Consejo de los Seis Ministros, al *pool* Carbón-Acero y a las demás Autoridades especializadas. Es preciso, en efecto, evitar que la C. E. C. A. controle todo el conjunto, lo que nos conduciría

al establecimiento en Europa de una «tecnocracia» de tendencias dirigistas.

2.º Que la elección por sufragio universal (8) de esta Asamblea no conduzca a la creación de una «Constituyente europea», que pudiera no ser deseable y que, en todo caso, sería prematura. El método llamado del «Pacto federal», firmado entre los gobiernos, y ulteriormente —después de las ratificaciones nacionales— ratificado por una Asamblea europea, nos parece preferible.

Se trata, en efecto, no de negar las patrias, sino de protegerlas y de hacerlas desarrollarse libremente en un orden que las reúna en un objetivo común. Exactamente, igual que si se tratara de edificar una Europa sobre las libertades fundamentales de las personas y de las comunidades. De lo contrario los hombres del Kremlin están mejor armados que nosotros para «unificar» el continente.

VII

EL ESFUERZO FEDERALISTA

Los *federalistas* auténticos no se contentan, por todo lo expuesto, con reclamar un «gobierno europeo». Saben que la unidad sin la diversidad es arbitraria y peca de rigidez, y que Europa es una fusión de pueblos, de regiones, de municipios, de costumbres, y que nivelar toda esta riqueza sería aniquilarla.

Los federalistas insisten en la descentralización en todas las escalas y en el respeto a todas las comunidades vivas, territoriales, profesionales y espirituales. Luchan por Europa,

(8) El sufragio universal puede ser «indirecto», como ocurre ya en cierto número de países. Además, el sistema ganaría al ser organizado sobre una base descentralizada, especialmente regional,

péro no por cualquier Europa y, sobre todo, no por una Europa jacobina. Gracias a sus esfuerzos el Consejo de Europa acaba de aceptar oficialmente el principio de un *Consejo económico y social europeo* en el que estarán representados los sindicatos y las profesiones. Porque la Europa que nace debe ser la ocasión de una renovación de todas nuestras estructuras políticas y sociales, comenzando por abajo: solamente el principio de solidaridad defendido por la Iglesia católica garantiza un orden vivo, justo, libre y progresivamente jerarquizado a medida que uno se eleva en la Sociedad.

Concebida en toda su amplitud, el federalismo «integral», que parte de la inalienable seguridad de la persona, de la familia en que nace, de la ciudad que la protege, del oficio que le asegura la subsistencia, es por hoy la única respuesta política valedera contra el satanismo marxista común a la desmoralización de una democracia formal.

De este modo y gracias a él, lo mismo que por la elaboración de una doctrina dinámica sobre el terreno concreto de la acción política y social, es como los Europeos pueden vencer al escepticismo y al miedo, asumiendo alegremente su comunidad de destino. ¡Ojalá llegue muy pronto el día en que España se una en este combate con todas las demás patrias de la Europa cristiana!

París-IX-1955

Max RICHARD